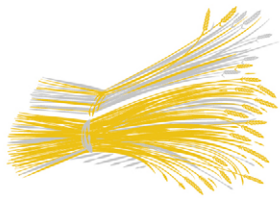


Agricultores judíos en el campo argentino



Dickmann Rapoport

Pecheny Chudnovsky Dolinsky

Kreichmar Marchevsky

Mellibovsky Bendersky Keidar

C U A D E R N O S D E L A S O R I L L A S

AGRICULTORES JUDÍOS EN EL CAMPO ARGENTINO

MEMORIAS, RELATOS BIOGRÁFICOS
E HISTORIAS DE VIDA



Enrique Dickmann
Nicolás Rapoport
Bernardo León Pecheny
Elías A. Marchevsky
Baruj Bendersky
José Chudnovsky
David Keidar
Dina Dolinsky
Naúm Kreichmar
Benjamin Mellibovsky

Selección y posfacio: Leonardo Senkman

Presentación: Alexis Chausovsky

»»» EDUNER «««

AGRICULTORES JUDÍOS EN EL CAMPO ARGENTINO

Enrique Dickmann ... [et al.] ;
Compilación y posfacio de Leonardo Senkman ; prólogo de Alexis Chausovsky ;
coordinación de Guillermo Mondejar ; traducciones de Floris Pecheny de Kovalsky ;
Benjamin Bendersky ; Isidoro Niborski
1.ª ed. - Paraná : Universidad Nacional de Entre Ríos, UNER, 2024
224 pp. ; 23 x 16 cm (Cuadernos de las Orillas; 24)

ISBN: 978-950-698-584-4

1. Relatos. 2. Memorias. 3. Narrativa Argentina. I. Dickmann, Enrique.

II. Senkman, Leonardo, comp. III. Chausovsky, Alexis, prólogo.

IV. Mondejar, Guillermo, coordinación.

CDD 808.883

C U A D E R N O S D E L A S O R I L L A S

Compilación y posfacio: Leonardo Senkman

Presentación: Alexis Chausovsky

Coordinación: Guillermo Mondejar

Equipo editorial: Manuel Siri (diagramación), Paola Calabretta (corrección),
Martín Dalotto (asistente de corrección)

Por permitir la reproducción de textos en la presente edición, agradecemos a Gustavo Rapoport y familiares de Nicolás Rapoport; familiares de Baruj Bendersky; Floris, Jaime, Mario Pecheny y demás familiares de Bernardo León Pecheny.

La editorial ha agotado las instancias de búsqueda de los autores y titulares de derechos a fin de tramitar los contratos y permisos de acuerdo con la ley vigente de derechos de autor. A su vez, con el objeto de dar cumplimiento a los compromisos que la ley 11.723 establece, queda a disposición de quienes hasta ahora no pudieron ser ubicados.

© EDUNER, 2024

© Manuel Siri, ilustración de tapa: *Gavillas*, 2024.

© Leonardo Senkman, Alexis Chausovsky, David Keidar, herederos de: Enrique Dickmann, Nicolás Rapoport, Bernardo León Pecheny, Elías A. Marchevsky, Baruj Bendersky, José Chudnovsky, Dina Dolinsky, Naúm Kreichmar, Benjamin Mellibovsky, Floris Pecheny de Kovalsky, Benjamin Bendersky, Isidoro Niborski

EDUNER, Editorial de la Universidad Nacional de Entre Ríos

Andrés Pazos 406 - E3100FHJ - Paraná, Entre Ríos, Argentina

eduner@uner.edu.ar - www.eduner.uner.edu.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Editado e impreso en Argentina.

ÍNDICE

- 7 *Presentación*
Alexis Chausovsky

AGRICULTORES JUDÍOS EN EL CAMPO ARGENTINO

I. MEMORIAS

Enrique Dickmann

- 15 Adolescencia en el campo argentino
25 El incendio de la trilladora
28 El peón de campo

Nicolás Rapoport

- 33 Los casamientos
35 La indumentaria en la colonia
38 El médico de la colonia
41 Éxodo parcial

Bernardo León Pecheny

- 45 Pampa

Elías A. Marchevsky

- 49 Cómo se fundó la biblioteca

II. RELATOS BIOGRÁFICOS Y AUTOFICCIONES

Baruj Bendersky

- 69 Un incendio en la colonia
74 Un duelo

José Chudnovsky

79 La escuelita blanca

David Keidar

97 Infancia en Colonia Vila (Walter Moss)

103 El barrilete

Dina Dolinsky

111 Mi madre

113 Locro y *borsch*

114 Mi padre

115 Bodas de plata

117 Radiografía de mi familia

III. HISTORIAS DE VIDA

Naúm Kreichmar

123 Narcisse Leven: agricultura y cultura

133 Iniciación en la literatura y el periodismo

Benjamin Mellibovsky

141 Mis 51 años al servicio de la JCA,
HICEM-HIAS y SOPROTIMIS (1896-1947)

Posfacio

191 *Memorias y ficciones de colonos judíos*

Leonardo Senkman

213 *Fuentes de los textos*

215 *Notas*

Dina Dolinsky



MI MADRE

Mi madre está a mi lado y en el oscuro mar de sus ojos se desliza mi barca.

Me inundan colores, músicas, fragancias de aquel tiempo; retengo el paso leve, las risas, las canciones de algún atardecer, y la noche de mi cielo austral.

La llamaban Anche, era alta, delgada, de bella figura, ojos negros de mirada inquisitiva que resultaba difícil de sostener cuando te interpelaba; ni que hablar cuando cualquiera de nosotros, sus hijos, cometíamos un desatino.

Parca en hablar y en sus gestos, austera, puritana sin mojigatería; se imponía sin alzar la voz e infundía respeto a todo el clan familiar. Observadora y sagaz, medía sin errar a cualquiera que se nos acercase y su juicio siempre era certero.

En esos años de mi infancia muchas cosas eran de manufactura doméstica: el pan, el queso, el yogurt, las pastas, los dulces, las mermeladas, el vino; todo lo elaboraba con la fruta y cosecha de nuestra huerta. A sus manos diligentes les debíamos las medias, los gorros, los abrigos para arroparnos en los fríos y húmedos inviernos santafesinos.

Viéndola silenciosa, ensimismada, en una tarea manual o intelectual —leía y escribía con fluidez más de un idioma—, pensé muchas veces cuán distinta hubiera sido su vida si hubiese nacido más avanzado el siglo.

Amaba la literatura y en especial el teatro; de joven formó parte del elenco del grupo filodramático de Moisés Ville; y según me contaron era la *prima donna*. En una ocasión un director de teatro de Buenos Aires la vio actuar y fue a hablar con su padre para que la dejara ir a la

Capital. Mi abuelo no quiso saber de la propuesta y lo despachó elegantemente. Pobre mamá, ella que no se perdía representación teatral; hasta vio a Margarita Xirgu en *Yerma*, dirigida por el propio Lorca. Pero así eran las cosas en nuestra colonia de inmigrantes en ese inicio del siglo xx. Tuvieron que pasar tres generaciones para que una actriz de mi familia subiera a las tablas en un teatro de Buenos Aires.

Hay una anécdota que la pinta de cuerpo entero. Cuando mi madre era pequeña y vivían en una chacra de las Veinticuatro Casas, debía caminar varios kilómetros con sus hermanas y otros niños para ir a la escuela. En una ocasión, se desató en el camino un fuerte tornado. Como era tan menuda, el viento la levantó y la llevó volando a gran distancia; por fin se detuvo en un poste de alambrado y allí quedó prendida.

Viendo que era la única que no había regresado, la familia y los vecinos salieron a buscarla. Caía la tarde y crecía la desesperación de los abuelos, pues la niña no aparecía; por fin la hallaron quietecita, callada, sin llorar, flotando allí en lo alto. Su padre la descolgó y cargó en su poderosa espalda; así la llevó hasta la casa. Ella iba como si tal cosa; para mí que hasta le gustó la aventura.

Una mesa tendida a la sombra de los paraísos con fuentes y platos llenos de comida. Gente rodeándola, el ocasional fotógrafo ha enfocado a uno de los comensales que ataca con la boca llena. Miro más de cerca y descubro que es uno de mis tíos, glotón y bullanguero.

—La flaquita soy yo.

—Abuela, yo no quiero ser así.

*Río mientras recuerdo los esfuerzos y los cuentos de mi padre para que comiera el loco. Mi nieta nunca lo ha probado, tampoco el borsch ni los knishes.*³⁵

LOCRO Y BORSCH

Donde más se notaba la integración étnica de mi familia era en la comida.

Mamá era una excelente cocinera y repostera; tenía la misma buena mano para los *knishes* y el *borsch* que aprendió de su madre y alguna tía mayor, para los *spaghetti* que amasaba ella misma, o para la comida criolla, locro y empanadas.

Preparaba la pasta la víspera, la amasaba sobre la mesada de la cocina estirándola hasta que quedaba como un fino mantel que podía tomarse con cuidado por los extremos sin que se desbaratara. Entonces lo extendía sobre una sábana blanca, impecable, en uno de los cuartos, generalmente el de huéspedes, que estaba vacío, y allí pernoctaba secándose.

Al día siguiente lo enrollaba y con maestría iba cortando los fideos. Quién le había enseñado, lo ignoro, imagino que alguna piamontesa de la colonia.

El locro, la humita y las empanadas eran una delicia, aprendida tal vez con la mujer de algún puestero.

Le salía tan bien que cuando había algún peón a mediodía por la casa o el potrero, lo invitaba a almorzar y siempre recibía un elogio por ella.

—Doña, ni que usted fuera criolla.

—Bueno, yo nací acá como vos —replicaba mi madre, pero sonreía halagada y le repetía el plato.

El domingo era día de fiesta; la tradición del asado se mantuvo siempre hasta el día de su muerte.

Ella era experta en darle el punto justo a la carne, cocida a las brasas término medio, ni demasiado cruda ni demasiado seca, acompañada de papas y batatas asadas, *knishes*, ensalada y vino fabricado en la casa de la anterior cosecha.

Para terminar su delicioso *shtrudel*³⁶ de manzana, el infaltable café y una copita de guindado que se hacía con la fruta del huerto.

Con los matrimonios mixtos, que fueron muchos en la familia, el menú fue aún más integrador, como las facciones de sus descendientes, que iban desde la cabeza rubia y los ojos azules de «gringuito» hasta aquellos como carboncillos, pelo negro y piel algo más oscura como la de cualquier criollo.

En ese clima emocional crecimos y fue realmente esa infancia bilingüe y ese asado con *knishes* lo que nos hizo el principio de lo que somos.
